

Violencia en las relaciones de género. Algunas hipótesis psicoanalíticas

Irene Melerⁱ

Publicado en Actualidad Psicológica, Año XXIX, N° 328, marzo 2005.

La violencia y el sistema de géneros

El sistema de géneros promueve vínculos entre varones y mujeres donde, sobre la base de la diferencia sexual simbólica, se tramitan problemáticas vinculadas con el desamparo, que estimulan la asunción de actitudes de dominio y sumisión al servicio de ilusiones de protección. La cara oscura de la protección anhelada es el ataque destructivo, que resulta con frecuencia desmentido. Trabajar en temas de violencia supone entonces, adentrarse en un territorio oscuro donde el “hombre protector” se transforma en abusador o criminal, en una siniestra versión paródica de la madre arcaica, cuyos poderes fueron objeto de una usurpación imaginaria.

Para quienes trabajamos dentro del campo del psicoanálisis, se trata de reconocer la importancia de las relaciones de poder que se inician junto con la vida, dada la desigualdad entre el infante y los adultos que lo asisten. La articulación teórica entre relaciones de poder y sexualidad ha sido abordada por Michel Foucault (1980), Maurice Godelier (1986) y Pierre Bourdieu (1998) entre otros, desde el campo de las ciencias sociales. Si bien el discurso freudiano no ha asignado al poder un estatuto teórico explícito y acorde con su importancia, podemos encontrar una percepción no formalizada sobre este tema en los textos de Freud, así como en los de otros psicoanalistas, que permiten desarrollos contemporáneos en este campo.

Las psicoanalistas feministas han sido particularmente sensibles a la articulación entre deseo y poder. Existen trabajos especialmente dedicados a esta cuestión, tales como *Los lazos de amor*, de Jessica Benjamin (1996). Judith Butler también se refiere de modo extenso al tema, en especial en su obra *Cuerpos que importan* (2003). En términos generales es una preocupación que atraviesa todo mi trabajo. La pertinencia de este planteo se hace evidente cuando analizamos las situaciones de violencia de género.

Porqué soportan las mujeres la violencia de género

En un trabajo anterior (Meler, 1997) planteé un problema complejo: la contribución femenina al sostenimiento de situaciones donde las mujeres son objeto de violencia por parte de sus compañeros. En esa ocasión, postulé dos hipótesis psicoanalíticas para dar cuenta de las situaciones de sometimiento a la violencia.

Desde *la perspectiva pulsional*, la existencia de una erotización del dolor, entendida como efecto del recurso al *masoquismo erótico*. No considero aceptable el concepto freudiano de *masoquismo femenino* (Freud, 1924), debido a que refleja las fantasías sadomasoquistas masculinas acerca de la posición femenina, en especial según pienso, aquellas que caracterizan las representaciones sádico anales propias de los varones púberes (Meler, 1987). En cambio, considero que el masoquismo erótico es un recurso psíquico universal, que permite tolerar sufrimientos sin enloquecer ni morir, a través de ligar los traumas con vivencias de satisfacción. Los grupos humanos más vulnerables a sufrir abusos o torturas pueden desarrollar esta defensa de modo especial. Ese es el caso de las mujeres, por causa de su vulnerabilidad física y cultural. Por ese motivo he propuesto crear el concepto de ***erogeneidad de subordinación*** (Meler, 1997), que explica la erotización del dolor sin recaer en hipótesis esencialistas y en última instancia, sexistas. Esta coexcitación erótica de los traumas, puede ser un factor que coadyuve a la repetición de los mismos.

Si analizamos el problema desde *una perspectiva intersubjetiva*, descentrando el foco de la atención de los aspectos pulsionales para enfatizar la importancia de los vínculos, encuentro convincente la propuesta de Jessica Benjamin (1996), cuando esa autora considera que el sometimiento femenino solo se produce ante una figura idealizada, que parece detentar el poder omnipotente al que las mujeres también aspiran. El goce deriva de la identificación con el Amo que de ese modo han construido en el contexto del orden simbólico patriarcal.

Es necesario refinar esa hipótesis intersubjetiva, destacando que la figura idealizada que funciona como Modelo para el ser, presenta las características de un *Yo ideal*, o sea, un sujeto que goza de modo irrestricto, ilimitado. Las imágenes de poder y las fuentes de la estima de sí, tienen en estos casos un carácter infantil, ya que existe un déficit en el domeñamiento pulsional tanto por parte de

las mujeres que persisten en situación de víctimas como por la de sus compañeros abusivos. De modo que, a la erotización secundaria al trauma, debe agregarse un goce por identificación con el abusador, que representa el ideal. La idealización del poder irrestricto puede explicarse recurriendo al concepto de narcisismo. En estas situaciones, ser la mujer de un gran hombre, haber sido distinguida como objeto de su deseo, adquiere la forma de constituirse en compañera de una versión del "increíble Hulk", aunque, a diferencia del personaje de ficción, éste no aplaca su ira por causa del amor, sino que toma por objeto de su agresión a la misma mujer que lo acompaña. Recordemos que Benjamin relaciona la idealización del varón con una dificultad específica del desarrollo femenino, que consiste en un impedimento para el amor identificatorio hacia la imagen del padre, quien representa el sujeto del deseo, alguien que, a diferencia de la madre, no es un objeto fusional, fuente de lo bueno, sino un sujeto autónomo, interesado por el mundo. Esta laguna identificatoria afecta el desarrollo de autonomía y estimula la dependencia con respecto de quien es percibido con el poder que la mujer en cuestión no ha logrado desplegar por sí misma.

Los estudios psicoanalíticos clásicos (Jones, 1966) han patologizado a las mujeres que desarrollaron identificaciones masculinas, las que, sin embargo, resultan útiles para desarrollar un sentido de autoría y de ese modo, constituir un narcisismo que se consagra a través de las propias obras y no requiere la delegación en un varón, sea el marido o el hijo, para su satisfacción. Benjamin en cambio, destaca el carácter positivo de las identificaciones que cruzan géneros, necesarias para permitir el despliegue de autonomía por parte de las mujeres y prevenir la idealización de un opresor.

Un aspecto relacionado con la dependencia pero que no se subsume por completo en esa figura, se refiere a la tendencia femenina generalizada a asignar una importancia central para su proyecto de vida a los vínculos de intimidad. La asignación tradicional de las mujeres al ámbito de la familia, el hecho de que su estatuto social dependió durante siglos de la alianza conyugal y aún depende en muchos casos de la misma, y la práctica de la maternidad, han transformado a la mayor parte de las mujeres en seres que privilegian las relaciones interpersonales, tal como lo atestiguan los trabajos de Jean Baker Miller (1992),

autora que caracteriza al sí mismo femenino como un “self – en – relación”. Luce Irigaray (1994) refiere un estudio que realizó acerca de la comunicación verbal entre los géneros y relata la forma en que las mujeres se dirigen a los varones, buscando una interacción empática. Sin embargo, la autora describe que, por lo general, no encuentran respuesta. La preocupación masculina se refiere de forma predominante a la autoimagen, a la forma en que el sujeto se asemeja a su ideal de género o claudica en esta empresa. Las mujeres se dirigen a ellos, no se sabe bien si por su mayor capacidad empática o por el hecho de que muchas les han delegado la realización narcisista que deriva del propio hacer en el mundo. Pero, sea cual fuera el motivo, la dependencia respecto de los vínculos puede crear una vulnerabilidad específica ante la violencia, porque la ruptura de una relación constituye una amenaza capital. Si se invierte con preferencia al sí mismo, al proyecto personal y a la dignidad atribuida al propio ser, vemos que el camino de la autonomía está abierto. De modo que la feminidad tradicional hace a muchas mujeres vulnerables ante la violencia, en especial la violencia de género.

Hugo Bleichmar (1997) aporta al psicoanálisis su enfoque modular transformacional, que permite analizar sistemas motivacionales que funcionan con relativa autonomía. Desde esta perspectiva, es interesante indagar acerca de la restitución narcisista que funciona en muchas de las mujeres maltratadas. El ser objeto de violencia es una situación de por sí humillante, pero el sujeto estructurado desde la infancia en el contexto de relaciones de abuso, y cuya autoimagen de indefensión y dependencia no le permite romper ese vínculo con facilidad, puede elaborar racionalizaciones que le permitan restaurar su narcisismo de algún modo, glorificando el sacrificio como si se tratara de una virtud que confiriera superioridad moral, al estilo del martirologio por alguna causa trascendente, que en estos casos es en general, la unidad familiar. Estamos en estos casos ante una versión del masoquismo moral, que es específica de la feminidad.

Pero el aporte más significativo de este autor reside en su propuesta acerca de la necesidad de superar el apego teórico al discurso freudiano anterior a 1920, donde los trabajos que sirven como referencia son “Pegan a un niño” y “El problema económico del masoquismo”. Plantea la necesidad de incorporar el

“Más allá del principio del placer” a la comprensión de los procesos intersubjetivos. En muchos casos la conducta de los sujetos no debe interpretarse sobre la base de una tendencia universal hacia la búsqueda de placer, sino sobre la constatación, reiterada en la clínica, acerca de la repetición pasiva de los traumas, la persistencia en situaciones que se han naturalizado y de las que es difícil imaginar una salida.

Estos son entonces, algunos desarrollos teóricos que resultan útiles para comprender la contribución inconsciente que realizan las mujeres para su propia victimización.

La violencia masculina: una problemática psicosocial acuciante

Podemos considerar que si bien existiría una facilitación biológica para la expresión directa de la hostilidad en los varones basada en el mayor tamaño muscular y óseo y en las hormonas masculinas, estos rasgos físicos son retrabajados por las sociedades humanas, para construir “guerreros” dedicados a la defensa del grupo. Como bien lo señala Gilmore, D. (1990), si la fuerza relativa de la disposición biológica fuera tan poderosa, no serían necesarios los prolongados y penosos rituales de iniciación en la masculinidad que han caracterizado a muchos pueblos. La masculinidad se aprende y se trabaja para transformar a los niños temerosos en varones audaces y hasta crueles. Esto no transcurre sin resistencia, pero una vez logrado, el sujeto presenta ciertas características subjetivas que aunque construidas, son relativamente estables.

Para comprender las conductas violentas, debemos entonces analizar la forma en que la masculinidad y la feminidad se construyen, y percibir simultáneamente los aspectos que insisten a través del tiempo y aquellos que están cambiando. Los primeros nos presentan las tendencias transhistóricas y los últimos la posibilidad de una modificación paulatina.

Si buscamos una orientación para esta cuestión en los textos psicoanalíticos, veremos que Freud (1937) plantea que ambos sexos coinciden en rechazar la feminidad. Sarah Kofman (1982) discute esta afirmación y considera que en realidad lo rechazado es la castración. Toril Moi (2004) coincide con esta afirmación.

Definiremos de forma amplia a *la castración imaginaria* como una condición de deterioro, fragilidad e impotencia, de algún modo lesiva para la imagen de sí y asociada con la genitalidad en tanto es fuente de placer y autoestima.

Es necesario interrogar entonces, la asociación histórica que se registra entre las representaciones colectivas acerca de la castración y las que se refieren a la feminidad.

Una explicación posible se vincula a la menor fuerza física de las mujeres en comparación con los varones, el carácter interno de sus genitales, la efusión de sangre de la menstruación y el hecho de que la desfloración sea dolorosa en grados variables. A todo esto se agregan los dolores de los partos. Estas características físicas se prestarían para que la condición de debilidad, impotencia, daño y humillación que todos tememos, se deposite sobre las mujeres y se considere definitiva de su género. Es decir que nos encontraríamos con un efecto del *sexismo*, considerando al mismo como una expresión de la tendencia narcisista a someter o aniquilar al diferente. En la lucha por la hegemonía de la subjetividad, los varones habrían triunfado, quedando entonces las mujeres asimiladas a los castrados.

Vemos entonces que la relación amorosa carga con un conglomerado de representaciones de origen narcisista y pregenital, que la asimilan a un combate donde existe un vencedor y un dominado, y el esclavo es castrado como castigo y para su mejor explotación. De esta matriz colectiva habría surgido la representación de feminidad, asociada de forma espuria con la castración. Ferenczi planteó que la asunción de una mayor carga reproductiva por parte de las mujeres obedecería a una especie de “derrota prehistórica” del género femenino. Más allá de los ribetes delirantes de esa afirmación, que sin embargo fue aceptada por Freud (1933), puede ser útil como un síntoma que expone con claridad la lógica fálico narcisista que ha hegemonizado las culturas humanas.

Otra fuente de la devaluación transhistórica de las mujeres parece referirse a una defensa respecto del carácter traumático de *la inmadurez de la cría humana* que llega al mundo en una condición que se ha denominado “extragestación”. La diferencia de poder respecto de la madre puede resultar aterradora, y paralelamente al apego amoroso se desarrollan poderosos sentimientos hostiles, descritos por Freud, Melanie Klein y Karen Horney entre otros. La imagen

poderosa de la madre preedípica (Chasseguet-Smirgel, 1977) es prontamente contrapesada por la imago edípica de la madre “castrada”, creada con el fin de reinscribir cotidianamente la superioridad masculina. Si bien Piera Aulagnier (1977) diferencia con claridad entre el carácter estructurante de la violencia primaria, que inaugura la erogeneidad e inventa sentido, y la condición abusiva de la violencia secundaria, existe un nexo imaginario significativo entre ambas, siendo la violencia abusiva una reversión del padecimiento inicial fantaseado. Los varones buscan sentirse superiores a las mujeres, mientras éstas se consuelan con la perspectiva de ser a su vez, madres. Hombre o madre serían las dos posiciones revestidas imaginariamente de falicismo, en el sentido de poder y completud.

La violencia de género puede comprenderse sobre esta base, como la reversión que se produce en la vida adulta, respecto de las relaciones de poder características del comienzo de la vida. Los varones cuentan con mayor fuerza física y mayor poder social que las mujeres, y pagan con ingratitud los cuidados primarios prodigados por una mujer. Estos cuidados, indispensables para la vida, implican sin embargo profundos sentimientos de desamparo y riesgo de colapso psíquico. La violencia en la vida amorosa adulta puede testimoniar acerca de las huellas de esta situación temprana, que sería universal. El único factor cultural que podría moderar la carga afectiva que inviste el vínculo temprano con la madre, es la actual tendencia hacia la participación paterna en la crianza.

La madre

Otra línea de indagación se abre a partir de los aportes de Robert Stoller (1968), quien nos ha esclarecido acerca de que el hecho generalizado de la crianza materna genera condiciones intersubjetivas diferenciales para niñas y varones.

Ambos comenzarían su existencia en un estado de identificación primaria con su madre. Esta identificación cuando se prolonga en el tiempo, tiene un efecto feminizante, deseable para las niñas y evitado entre los varones. Aunque los niños no tengan ninguna representación innata de la diferencia sexual, las madres, que son adultas y han sido influidas por la definición sexual de sus bebés, tienden a tratar a las niñas como semejantes y a estimular una relación de fusión, de ser a ser (Chodorow, N. 1984). Por el contrario, ellas experimentan a

sus bebés varones como distintos y su vínculo se carga de connotaciones eróticas virtuales, ya que pertenecen al colectivo que agrupa a sus objetos de deseo: los hombres.

Se produce en los varones un proceso que Ralph Greenson (1995) ha descrito como “desidentificación con respecto de la madre”, donde la primera identificación feminizante es desechada y en algún sentido repudiada precozmente. Los niños son también estimulados hacia la temprana identificación masculina por sus padres, que se ofrecen como modelos. La masculinidad así construida de forma precoz y reactiva, conserva como impronta la necesidad reiterada de reafirmar la identidad diferenciándose de las mujeres. No ser mujer, no ser afeminado y no ser débil como los niños pequeños, son preocupaciones frecuentes entre los varones. En la actualidad existen formas de subjetivación en algunos sectores, donde la masculinidad ya no se construye sobre la base del repudio de la feminidad, y es posible para los sujetos de ambos géneros, arribar a un estadio postedípico, donde una vez establecido con firmeza el núcleo de la identidad de género, se puede jugar con las identificaciones cruzadas sin temor a la confusión identificatoria (Benjamin 1998). Pero la forma más difundida hasta el momento para construir la masculinidad subjetiva implica el repudio de la feminidad, de la condición infantil, y en especial el repudio de la homosexualidad (Butler, 1993). La homosexualidad se sustentaría en identificaciones que cruzan géneros, identificaciones degradadas, transformadas en “abyectas”.

Judith Butler (ob.cit), plantea la existencia de una “melancolía de género”, donde existe un duelo inelaborable por los aspectos de la personalidad que han sido escindidos y repudiados para construir la masculinidad y la feminidad convencionales. Las identificaciones generizadas derivan para esta autora de cargas de amor objetal resignado, y esa incorporación tendría características melancólicas. Más allá de la objeción acerca de que no toda identificación deriva de una carga anterior de objeto, no es totalmente comparable lo que sucede en los varones con el proceso homólogo en las mujeres, dado que la feminidad está devaluada para ambos. Esa feminidad, homologada imaginariamente al sometimiento y al desamparo, es depositada sobre las mujeres y castigada en ellas.

La autora plantea que el género se construye bajo amenazas de castigo y degradación, y que la ley se acepta por temor. Las figuras degradadas que evidencian el fracaso de la ley, son la lesbiana masculinizada y el homosexual amanerado. Si consideramos que el régimen de representaciones hegemónicas es fálico – narcisista, o sea que desconoce la diferencia sexual que dice querer instaurar, veremos que las mujeres son identificadas con los varones afeminados, y golpeadas como castigo por transgredir el modelo o ideal viril.

Planteo entonces la hipótesis de que es su propia fragilidad y sus deseos personales de recibir amor y protección por parte de un ser poderoso, lo que el golpeador castiga en el cuerpo femenino. Al tiempo que reafirma su potencia imaginaria, aniquila su debilidad y sus deseos pasivo – receptivos, derivados de la dependencia infantil y de las identificaciones tempranas con su madre, resignificadas durante el edipo en clave genital homosexual, y transcripta luego al código heterosexual.

La violencia contra las mujeres es de algún modo la puesta en escena del violentamiento subjetivo padecido y autoinfligido por muchos varones para lograr una identidad viril. La mujer representa su “parte femenina” (Racker, 1973) o sus “aspectos femeninos puros” (Winnicott, 1965). En última instancia, se trata de la externalización de un drama intrapsíquico. Pero el origen de este drama no es endógeno sino que, por el contrario, se origina en un sistema colectivo y transcultural de representaciones y valores, que tiende a elaborar el desamparo y crear recursos para enfrentar la adversidad.

La feminidad repudiada

Una situación reportada con frecuencia, se refiere a la asociación entre violencia y celotipia. Muchos varones padecen de celos patológicos. Freud (1922) vinculó los celos con la paranoia y con la homosexualidad. Los celos proyectados expresan los temores a ser engañados del mismo modo en que ellos lo hicieron. Los celos delirantes se vinculan con el deseo homoerótico dirigido hacia el rival imaginado. La atribución a la mujer de deseo sexual con respecto de un tercero, deriva de la depositación sobre la misma de un aspecto propio, considerado inaceptable y por eso mismo, repudiado.

Es posible pensar que en ocasiones, los deseos pasivos de ser atendido, cuidado o mantenido, se revisten de un carácter genitalizado. Me permito plantear una duda acerca de la prioridad del aspecto genital de este proceso. Dicho de otro modo: ¿El deseo homosexual es originario, o surge como vía imaginaria para satisfacer las demandas pasivas pregenitales? El trabajo freudiano acerca de una neurosis demoníaca, (Freud, 1922), nos esclarece acerca de la importancia de los deseos de protección y amparo, y las complejas transmutaciones que pueden sufrir cuando su expresión resulta interdicta.

Una viñeta clínica puede ser útil para iluminar este aspecto. Un joven homosexual, contemplando a una hermosa mujer expresó con candidez a su partenaire, mayor y más exitoso que él en el aspecto laboral: “¡Quién fuera como ella! ¡Tendría quién me mantenga!”

Vemos que la violencia que se desencadena contra la mujer en estas situaciones, penaliza los deseos pasivos de origen infantil que experimenta el varón y que asimila a la homosexualidad pasiva.

La impulsividad: su efecto de desubjetivización

Existe otro aspecto del problema que ha sido destacado por Víctor Seidler (1997). Este autor ha enfatizado la disociación racionalista propia de la masculinidad moderna. Podríamos agregar que esta disociación es característica de los sectores medios educados, ya que los varones pobres cifran su masculinidad en la fuerza física y la potencia sexual. Pero un rasgo relativamente universal entre los varones, consiste en una habilidad parcial para resolver cuestiones instrumentales y un escaso desarrollo emocional, con descuido de los vínculos interpersonales. El efecto indeseado de esta modalidad subjetiva, es que se crea una especie de “territorio salvaje” impulsivo, y el sujeto no se hace responsable de su impulsividad, sino que la atribuye al objeto que “lo provoca”. *Muchos actos violentos o abusivos son cometidos en un estado de despersonalización parcial.* Si bien la obnubilación se finge o exagera para evadir las sanciones, existe un núcleo de verdad en los relatos donde el hombre violento afirma que “ese no era yo”. Jessica Benjamin (1998) comenta irónicamente que no comprende cómo esos estados fueron confundidos con la subjetividad. El supuesto sujeto es en

realidad objeto de sus pasiones. El deseo o la ira (o una combinación entre ambos), desorganizan el aparato psíquico.

También es cierto que la ubicación imaginaria de los varones en una posición de amos absolutos, autoriza el desenfreno pulsional. Se supone que un hombre poderoso hace lo que quiere. El padre de la horda, descrito por Freud en *Tótem y Tabú* (1913), y retomado por Lacan (1971) bajo la figura del "homoinzin" (homme moins un), que representa la fantasía de que existe al menos uno que escapa a la ley inexorable de la castración, es un personaje imaginario que condensa las aspiraciones omnipotentes que todos tenemos, pero que solo algunos pretenden realizar.

Benjamin (1998), considera que la poderosa madre del preedipo, con sus características mágicas que propiciarían la fusión regresiva, es también una ficción retrospectiva, ya que las madres reales fracasan de diversos modos respecto del objetivo de crear una sensación de omnipotencia temprana en el infante. Para conservar la ilusión de omnipotencia, estado que nunca fue experimentado de forma estable sino que es imaginarizado con propósitos defensivos, se desposee a la madre arcaica, pero solo para desplazar ese supuesto poder sobre el padre edípico. Es por eso que, como he sostenido en trabajos anteriores (Meler 2000), el padre de la ley constituye una imago sospechosa, que debe ser objeto de un análisis deconstructivo para revelar las múltiples formas en que encubre la omnipotencia arcaica no resignada.

La masculinidad reactiva, construida en antagonismo con la dependencia infantil y la pasividad, incuba en su seno el germen de la violencia.

Los grupos humanos utilizan a sus guerreros, ya sean realmente soldados o se presenten en la versión contemporánea de los políticos o de astutos financistas, para defenderse de otros grupos rivales (Meler, 2000). Pero el arma se vuelve contra sus creadores, y las mujeres que participaron en ese proceso de construcción reiterada y colectiva de una masculinidad confrontativa, se transforman con facilidad en víctimas de la misma.

Enumeraré entonces, algunos factores que considero estimulan la creación de una masculinidad social caracterizada por el dominio y la agresión, que con frecuencia se vuelve contra aquellos que prometió defender:

- Reacción contra la desmesurada diferencia de poder que existe entre la madre y el infante. Degradación de la imago materna, negando su subjetividad y desplazamiento de la omnipotencia atribuida a la misma sobre la figura del padre.
- Identificación de los varones con ese padre omnipotente, y repudio de sus aspectos infantiles dependientes.
- Depositación sobre las mujeres de esos aspectos repudiados, construyéndose así la imago edípica de la madre “castrada” o de la “hija”.
- Castigo aplicado en la persona de las mujeres, hacia los aspectos frágiles, necesitados y dependientes, que los varones han debido escindir de su personalidad para transformarse en hombres aceptados por el entorno social.
- Facilitación de esta situación debido a la acumulación de poder masculino y a sus efectos psíquicos, que consisten en una autorización subjetiva para el desenfreno pulsional, que induce estados de desubjetivación.

En última instancia, la masculinidad y la femineidad cultural, o dicho de otro modo, el sistema de géneros, ha favorecido hasta el momento la atribución de omnipotencia al género masculino y estimulado la dependencia y el sometimiento de las mujeres con respecto de varones que son idealizados. La violencia es la expresión más visible de este estatuto del imaginario colectivo, pero existen numerosos aspectos del mismo que promueven el desarrollo diferencial de aptitudes, actitudes y rasgos de carácter. Estas características de la subjetividad sexuada, derivan del ofrecimiento de un modelo que realiza un enlace espurio entre diferencia sexual por un lado y dominio o sumisión por el otro. La violencia manifiesta es el emergente de un violentamiento colectivo de las subjetividades, que fuerza a los varones hacia el riesgo y el dominio e inhibe la asertividad de las mujeres. Considero que este modelo expresa el fracaso cultural para elaborar una representación de la diferencia sexual (Meler, 1987). La diferencia aparece representada como jerarquía intergénero. Esta perspectiva deriva de la hegemonía del narcisismo fálico, o sea de la fijación colectiva en una postura regresiva y de la dificultad para avanzar hacia el genuino reconocimiento del semejante.

Bibliografía

- Aulagnier, P.: *La violencia de la interpretación*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977.
- Baker Miller, Jean: *Hacia una nueva psicología de la mujer*, Barcelona, Paidós, 1992.
- Benjamin, Jessica: *Los lazos de amor*, Buenos Aires, Paidós, 1996.
- : *Sujetos iguales, objetos de amor*, Buenos Aires, Paidós, 1997.
- Bleichmar, Hugo: *Avances en psicoterapia psicoanalítica*, Barcelona, Paidós, 1997.
- Bourdieu, Pierre: *La domination masculine*, París, Editions du Seuil, 1998.
- Burin, Mabel: "La hostilidad: modalidades de procesamiento propias de la masculinidad", en *Varones. Género y subjetividad masculina*, de Mabel Burin e Irene Meler, Buenos Aires, Paidós, 2000.
- Butler, Judith: *Cuerpos que importan*, Buenos Aires, Paidós, 2003.
- Chasseguet Smirgel, Jeannine (comp.): *La sexualidad femenina*, Barcelona, LAIA, 1977.
- Chodorow, Nancy: *El ejercicio de la maternidad*, Barcelona, Gedisa, 1984.
- Foucault, Michel: *Historia de la sexualidad*, Tomo I, *La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI, 1980.
- Freud, Sigmund: *Buenos Aires, Amorrortu, O. C. 1980*
 (1913) Tótem y Tabú, (1920) "Más allá del principio del placer", (1922) "Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad", (1922) "Una neurosis demoníaca en el siglo XVII", (1924) "El problema económico del masoquismo", (1933) "La feminidad", (1937) *Análisis terminable e interminable*.
- Greenson, Ralph: (1968) "Desidentificarse de la madre. Su especial importancia para el niño varón", *Revista de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados*, Buenos Aires, Nº 21, 1995.
- Gilmore, David: *Manhood in the making. Cultural concepts on masculinity*, New Haven, Yale University Press, 1990.
- Godelier, Maurice: *La construcción de grandes hombres. Poder y dominación en los baruya de papúa Nueva Guinea*, Madrid, Akal, 1986 .
- Irigaray, Luce: *Amo a tí*, Buenos Aires, de la Flor, 1994.
- Jones, Ernest: "La fase precoz de la sexualidad femenina" en *La sexualidad femenina*, Buenos Aires, Caudex, 1966.
- Kofman, Sara: *El enigma de la mujer. ¿Con Freud o contra Freud?*, Barcelona, Gedisa, 1982.
- Lacan, Jacques: "D'un discours qui ne serait pas du semblant, Séminaire oral du 9 juin 1971, Espaces Lacan.
- Meler, Irene: "Identidad de género y criterios de salud mental", en *Estudios sobre la subjetividad femenina. Mujeres y salud mental* de Mabel Burin et. al, Buenos Aires, GEL, 1987.
- : "Violencia entre los géneros. Cuestiones no pensadas o "impensables"" Actualidad Psicológica, Buenos Aires, octubre de 1997
- : "Los padres", en *Varones. Género y subjetividad masculina*, de Mabel Burin e Irene Meler, ob. cit.
- : "El ejercicio de la sexualidad en la postmodernidad. Fantasmas, prácticas y valores", en *Psicoanálisis y Género. Debates en el Foro*, Buenos Aires, Lugar Editorial, 2000.

-----: "Toda mujer: ¿ama a un fascista?", trabajo presentado en el *Foro de Psicoanálisis y Género* (APBA), 2001.

Moi Toril: "From femininity to finitude" en *Dialogues on sexuality, gender and psychoanalysis*, de Irène Mathis (comp), New York & London, Karnak, 2004.

Racker, Enrique: *Estudios sobre técnica psicoanalítica*, Buenos Aires, Paidós, 1973.

Seidler, Víctor: *Man Enough. Embodying masculinities*, Londres, Sage, 1997.

Stoller, Robert: *Sex & Gender*, Nueva York, Jason Aronson, 1968.

Winnicott, Donald: *Realidad y Juego*, Barcelona, Gedisa, 1982.

ⁱ Coordinadora del Foro de Psicoanálisis y Género (APBA)

Directora del Programa de Actualización en Psicoanálisis y Género (APBA)

Coordinadora docente del Diplomado Interdisciplinario en Estudios de Género (UCES)